

El país que figura en la imaginación

Por: Nelson Vanegas *

Después de haber formulado la pregunta, una buena parte de los muchachos mira hacia el techo, o al menos unos, pues otros lo hacen hacia el piso, y no pocos simplemente continúan mirando al infinito. Metáfora que usamos para decir que miran con ojos que no están focalizados en algo en especial y que parecen mirar más allá de las paredes sin lograr ver mucho. Dada la naturaleza de la pregunta, sería preferible que todos se quedaran pensando un buen rato. Sin embargo, no se puede dejar de esperar que luego de unos segundos esos ojos empiecen a brillar en lugar de mantener o quizá ahondar ese tono opaco que acompaña los estados en los cuales nuestro pensamiento no parece concebir ideas nuevas o al menos divertidas.

La pregunta es: ¿qué se imagina usted que va a estar haciendo en diez años? El ejercicio se vuelve más arduo porque nadie quiere contar lo que pasó por su mente. Apelan entonces los estudiantes del grupo atrapado en este ejercicio a usar frases generales, formuladas sin mucha pasión. Pueden ser los miedos a hablar de cosas personales y en frente de extraños. Es difícil saber.

Invariablemente, cada vez que hemos hecho el ejercicio se tiene la sensación de que muy pocos en ese grupo se había atrevido a pensar en su futuro mucho más allá de unos meses, por decir mucho. El grupo está conformado por los “primíparos” de uno de nuestros pregrados de ciencias.

Luego de esas sesiones, en que después de insistir un poco en la pregunta por fin alguien responde que se imagina a sí mismo trabajando en la NASA o recibiendo un Premio Nobel, ineludiblemente quedan las mismas dudas. ¿Qué estamos haciendo mal en educación o culturalmente que nuestros muchachos al llegar a su vida adulta no parecen llevar consigo una mochila de sueños y proyectos? ¿En qué punto de nuestro devenir como nación les estamos cercenando la capacidad de soñarse a sí mismos y verse con un futuro?

Las implicaciones de esa falta de sueños son escalofriantes. Para escribir estos pocos párrafos tuve que visualizarme a mi mismo escribiéndolos. Para iniciar una carrera cuyos resultados son de largo plazo se necesita haberse soñado. Y esos sueños personales demandan un sueño de país, pues no podemos

imaginarnos a nosotros mismos escribiendo poesía tranquilamente bajo el cielo estrellado si lo que imaginamos es un país sin estrellas. Lo que uno sueña para sí tiene una contraparte en lo que uno sueña para los otros, para la comunidad y el país en el que se vive. En el fondo, los sueños son colectivos. La construcción, entonces, de un mejor país, pasa por que sus individuos conciban proyectos que confluyan en tener un entorno, una comunidad, un país en el que sea posible hacer realidad al menos parcialmente los sueños.

La capacidad de visualizarse conlleva la necesidad de conocerse un poco, de reflexionar sobre nosotros mismos, nuestros deseos, aspiraciones y de imaginar que hay un futuro y que éste puede ser en algo mejor que el presente. Aunque no se puede descartar que alguien pueda soñar con que todo siga exactamente igual es quizá lo más humano pensar que quisiéramos algo mejor. No poderse ver entonces en el futuro nos vuelve seres inmediatos, del día a día, de la supervivencia. Y la supervivencia simple no prevé los impactos de nuestras decisiones de hoy... las consecuencias de lo que hacemos sólo las tenemos en cuenta si nos vemos a nosotros mismos con personas con un futuro. Y ya todos sabemos que las comunidades, el planeta mismo sufren las consecuencias de decisiones en las que el futuro no se tiene en cuenta.

Si el colegio, la escuela, la familia y la comunidad dotaran de futuro a sus muchachos más temprano en la vida, la espera de un país mejor y más justo podría ser mucho menos utópica. Vivir un mejor presente quizá también dependa de ello.

Hay un país imaginario en el que todos habitamos, su nombre y ubicación coinciden con nuestra geografía. Pero sus reglas y sus habitantes, sus ciudadanos somos nosotros en futuro conviviendo o viviendo, sobreviviendo o disfrutando según lo que logremos imaginar. Nuestra educación básica, preescolar y media debería preocuparse porque ese país no esté tan deshabitado como a veces parece. Por ahora, la Universidad parece ser un lugar donde aparte de iniciar su carrera muchos de nuestros muchachos empiezan a poblar por vez primera ese país aun no soñado. Los sueños no siempre se cumplen, pero para aprender a aceptar esa realidad, primero hay que atreverse a soñarlos...

* **Nelson Vanegas** es Doctor en Física y se desempeña como profesor e investigador en el Instituto de Física de la Universidad de Antioquia. Escribió este texto especialmente para la Agenda Cultural.